



gradacion, y despojado de los ornamentos Sagrados, con la ceremonia que manda la Santa Yglesia, fue registrado y se le encontró en el pecho llena de sudor la Soberana imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, la cual está bordada de seda sobre pergamino, la que al quitarla de su pecho dijo: esta Señora Madre de Dios ha sido la que he llevado de escudo en mis banderas, que marchaba delante de mis huestes, en las jornadas de Aculco y Guanajuato, y es mi voluntad sea llevada al convento de las teresitas de Queretaro donde fue hecha por las venerables madres, quienes me la dieron en mi Santo en 1807. No habló mas, procediéndose al acto conmovedor arrancandole las vestiduras Sacerdotales, aplicando el anatema formi-

dable de la Santa Yglesia, y para que fuere entregado al Jues Militar y ejecutada la Sentencia.

Concluido el acto de que damos féé, yo el Jues Eclesiastico, el Sr. Comandante Gral. Salcedo, los Señores Dn. Joaquín Arvizo y Juez Militar Dn. Angel Abella, firmamos la presente certificacion en comprobacion de verdad y cumplimiento, remitiendo esta al Y. Señor Obispo de Durango, Doctor Dn. Francisco Gabriel Olivares, agregando y pegandola al fin del presente la espesada Virgen de Guadalupe.

(Siguen rúbricas)

## La muerte de Hidalgo

Alza ¡oh muerte! en medio al pueblo

Tu esqueleto descarnado;  
Y con esa voz que vibra  
En las almas con espanto,  
Dile cómo Hidalgo el grande  
Cayó rendido en tus brazos,  
Y refuerza sus acentos  
Para que crucen los años.  
En la portada de Agosto  
Se reflejaba el sol claro;  
La ciudad está desierta  
Y silenciosos los llanos;  
Escuchábase con miedo  
El resonar de los pasos,  
Cual si perturbar temieran  
De un moribundo el descanso,  
O despertar, de su sueño  
Al tigre mal resguardado.  
Nada revelan las voces,  
Y nadie interrumpe el tráfico;  
Pero se ve en las miradas  
Cierto intenso sobresalto,  
Prontos a llorar los ojos,  
Prontos a gemir los labios,  
Y el sol como amarillento,  
Y cual de luto el espacio.  
Como silenciosas nubes  
Caminan en vuelo tardo  
Grupos de gente del pueblo,  
Que hasta el hospital llegando  
Se dispersan y se pierden  
Sin dejar ni leve rastro.  
La plaza está solitaria,  
El cuartel está cerrado,  
Y cree percibir el vulgo,  
O percibe, rumor raro,  
Que traduce misterioso  
Su conmoción ocultando...  
Fanáticos en los templos  
Oran y derraman llanto  
Porque ven al Sacerdote,  
Al de Dios vivo traslado,  
Al que las llaves del cielo  
Colocó Dios en las manos,  
Entregado a los verdugos,  
De la Iglesia perdonado,  
Al cielo y a sus grandezas  
Delincuente desertando.  
Algunos en las alturas,  
Junto al hospital nombrado,  
Parecen seguir del drama  
Los conmovedores cuadros.  
Ya se forma espesa valla  
Desde la prisión de Hidalgo  
Hasta la pared maciza  
Que cierra el segundo patio.  
Ya se percibe confusa  
La voz del bélico mando,  
Y marcha la comitiva  
Muy lúgubre y paso a paso.

Hidalgo va descubierto,  
Su capa negra flotando,  
Era negro su vestido,  
Ni pulcro ni descuidado.  
Va grave, mas sin tristeza;  
Erguido, sin intentarlo,  
Marchaba como marchaba  
En su ignorado curato.  
De los pueblos bendecido  
Y de los pueblos amado.  
El bien, la paz y el contento  
Diligente derramando.  
Detúvose un solo instante,  
Porque dejaba olvidados  
Unos dulces, que apacible  
Les dio a los que le mataron.  
Fila de estatuas parece  
La valla de los soldados,  
Tanta grandeza del Cura  
Con lágrimas contemplando.  
De pronto pavor horrible  
Como que interrumpe el acto,  
Y se duda, y se vacila,  
Y hay miedo, terror y pismo.  
Mientras se formaba cerco,  
Que suele llamarse cuadro.  
Aislado entonces se aparta  
Al centro, sereno, Hidalgo,  
De majestad y de gloria  
Y fe sublime radiando.  
¡Ay! los que le hubieran visto,  
Y los que hubieran mirado  
El valor de sus verdugos  
Y de aquel heroico anciano.  
Ni en argucias de doctores,  
Ni en sutilezas de sabios  
Desfogaron su impotencia  
Derramando comentarios.  
Hidalgo mira de frente,  
Preparar a los soldados;  
Se arrodilla en un banquillo  
Que pusieron de antemano;  
¡Estalla el trueno! las balas  
Vestido y carne rasgaron;  
Respetaban su cabeza  
Guardándola para escarnio.  
No expira el héroe, convulso  
Y en el suelo derribado,  
Nuevas heridas su cuerpo  
Hacen, traidoras, pedazos;  
La noble cabeza, intacta  
En roja sangre nadando,  
Mantiene abiertos los ojos,  
Fijos, apacibles, claros,  
Como bendiciendo al pueblo  
Y a la traición perdonando.

Guillermo Prieto

Estampa de la imprenta de la Biblioteca de Publicaciones Perifoneas  
Estampa que llevaba Hidalgo en el pecho. Archivo General de la Nación